

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MANUEL DÍAZ



El público, que es el rey del teatro, le ha aplaudido, porque Díaz siempre ha sido gracioso... de buena ley.

Pilla

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Silva á Emilio Mario, por Eduardo Bustillo.—Opera española, por Juan Pérez Zúñiga.—Recuerdo, por José Estremera.—Palique, por *Clarín*.—La confesión, por Constantino Gil.—Hoy por tí..., por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Manuel Díaz.—¿Qué toman ustedes?—Anuncios, por Cilla.



El frío comienza á ser el tema obligado de todas las conversaciones.

Á unos se les fija en la nariz hasta convertírsela en una especie de pepinillo rubicundo; á otros les ataca á los ojos, dándoles el aspecto de dos huevos cocidos, y otros se sienten embargados, en absoluto, por la cruel temperatura y andan por ahí tiesos como garrotes.

—¿Qué es eso, D. Bonifacio? ¿No se puede usted mover?—se les pregunta.

—No, señor, no me muevo desde el sábado—contesta alguno.—Á mí el frío me endurece las articulaciones y estoy como si me hubiesen untado el cutis con cola de carpintero.

Para contrarrestar los efectos de la temperatura no hay como el ejercicio bien ordenado. Primero toma uno café en la cervecería con unas gotitas de *creosota*, llamada vulgarmente coñac; después se mete uno las manos en los bolsillos y á dar un paseo largo, hacia la plaza de toros, sin volver la cabeza ni saludar á los amigos, ni toser, para evitar que penetre en los pulmones el aire destructor. Al cabo de tres ó cuatro horas de ejercicio incesante, regresa uno á su domicilio hecho una breva, y una de dos: ó nota gran alivio y se siente capaz de comerse á Ángel Muro con salsa de tomate, ó manda que le suban inmediatamente los santos óleos.

Hay una porción de personas que desde que ha comenzado el frío no hacen más que discutir en el café, para provocar el sudor, y terminada la polémica, se dirigen hacia la Moncloa con el cuello del gabán subido hasta las orejas y el sombrero encajado hasta el cogote.

—¿Adónde va usted?—se les pregunta.

Y ellos, por toda contestación emprenden la fuga, tropezando con los transeuntes y haciendo crujir bajo sus pies el entarugado. Cuatro horas después, entran en su casa con un palmo de lengua fuera, los ojos hinchados, las mejillas verdosas y los labios secos lo mismo que dos corchos.

—¿Qué traes? ¿Qué te sucede?—les pregunta la familia.

Pero ellos no pueden articular una sola frase y se dejan caer sobre el sofá, diciendo por señas que les desnuden y les metan en la cama.

—¡Jesús! ¡Cómo traes la camisa!—dice la esposa amante.—¿Te has caído en alguna charca?

—No—responde él, con voz desfallecida.—Todo es sudor natural; vengo de recorrer la casa de campo, y el puente de los franceses y la puerta de hierro. Fíjate en los pies.

—¡Qué horror! ¡Se les ha caído todo el pellejo!

—Eso es muy sano. Anda, envuélvemelos en una servilleta para que no se enfríen, y dile al portero que suba.

—¿Para qué?

—Para que me friccione el cutis con un cepillo.

El buen señor cae en el lecho rendido por la fatiga y con dolores en todos los remos; pero es necesario conservar la transpiración y de esto se encarga el portero, hombre vigoroso, que le frota la espalda como si estuviera sacando lustre.

Y al otro día vuelve á su paseo y á sus fricciones cutáneas, asegurando que el ejercicio es la base de la salud y el colmo de la comodidad humana.

Tan perjudicial es el ejercicio llevado al exceso, como la quietud absoluta. Hay quien pasea sin cesar hasta llenarse los pies de ampollas, y hay quien permanece en el café todo el santo día pegado á una mesa.

—Hombre, venga usted á dar un paseito—se le dice.

Y él responde:

—Á mí no me hable usted de paseos. Estoy aquí perfectamente... Juan, trae más agua, que ya me he bebido la otra... Pues sí, señor; yo no comprendo el placer que encuentran algunas personas en salir á paseo. Desde que me casé no he vuelto al Retiro, y eso que tenía muchas ganas de conocer al oso de la Siberia, porque me había hablado de él un cuñado mío que es naturalista; pero yo estoy por la quietud y me va perfectamente.

Es tal la afición de Martínez á vivir en el café, que allí despacha su correspondencia, y se corta las uñas y se pega los botones cuando se le caen. Si tiene que tomar alguna medicina, pide un vaso limpio, saca del bolsillo del gabán el tatarrete que encierra la droga saludable, y se la traga en presencia del respetable público, ni más ni menos que si estuviera en su casa.

Todos los que tienen que verle acuden al café, donde recibe á los amigos y les hace los honores correspondientes á su clase.

—Juan, trae cerveza para este caballero.

—No, no; muchas gracias.

—¿Qué? ¿No quiere usted tomar nada? ¿Va usted á desairarme?.. Anda, Juan, sirve la cerveza.

Más de una vez ha ido á buscarle al café su propia criada y le ha dicho delante de todos nosotros:

—Dice la señorita que me haga usted el favor de las llaves del armario, porque se quiere mudar y no puede.

—¿Va á salir?

—Sí, señor; va á casa de las de López, porque se ha caído al patio la menor de las señoritas y está dando las boqueadas.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Estaba hablando con su novio y se le cayó encima de la cabeza. Á él tuvieron que darle el Viático en la portería.

Otras veces entra en el café la criada diciendo:

—Vengo de parte de la señorita á decir á usted que el niño no quiere tomar el agua de Loeches.

—Que se la dé con azúcar—contesta él.

—No la quiere de ningún modo.

—Bueno, pues que no la tome. ¿Le habéis puesto la cataplasma?

—No hemos querido ponérsela hasta que usted la viese. La traigo aquí en esta tarterita.

—Á ver...

Y el Martínez examina la cataplasma, sin abandonar el asiento, porque no hay fuerza en el mundo que le arranque del café, verdadero paraíso adonde no llegan las desventuras sociales ni las desgracias de familia.

LUIS TABOADA.

— * —
SILVA

Á EMILIO MARIO

Tú, que silbas jamás has recibido representando el largo repertorio con que fama y fortuna has adquirido desde el tiempo feliz, hoy en olvido, en que imitabas á Fernando Ossorio: recibe, á buena cuenta, esta silva con *v* que aquí te envía quien, en el fondo y por tu culpa, intenta que salga de la imprenta con el son de ruidosa ortografía. ¿Conque es verdad? Y tú, el actor famoso; el *hacedor* de damas y galanes que *vierten perlas* de valor dudoso, el que, con mil afares, forjó en escena tales maravillas y entre ellas dos benditos capellanes de sotana y zapatos con hebillas; tú, que de la Comedia en tu aposento á más de un genicillo das asiento, y al fin los agasajas para que no se duerman en las pajas

y te hilvanen papeles
de esos que traen los fáciles laureles:
tú tamaña osadía?
¿Tú de empanada al fin con un repulgo,
y cuando Dios á Echegaray te envía
para afinar el paladar del vulgo?...

Y aunque sé que con forma delicada
y con tacto exquisito,
como el que sabe *hacer que no hace nada*;
¿soltaste aquel difícil papelito,
por miedo de quedar en la estacada?

¿Y al gran autor de *Un crítico incipiente*
(que por bondad transige y por modestia)
cuando te tuvo al escribir presente,
le vas con la *uña* tú de la gran bestia? (1)

¿Y es remedio un achaque de memoria
para en salud curarte y dar excusas
á esa moderna gloria,
que te ofrece un papel y le rehusas?

¡Primer actor y director artístico!
¿ahora vienes á dar en lo sofisticado,
y fias,— como en tono de reintegro
del autor que te ha honrado,—
un papel que era tuyo al bien probado
memori6n de mi amigo Montenegro?

Este actor estimable,
—de quien ni el Director jamás recele,
cuando en comedias hable,
que la *d* de *advertir* convierta en *ele*—
¿tiene la autoridad que tú has ganado,
que es grande y que me explico,
para esa lid que el genio ha confiado
á esfuerzos tuyos y de Antonio Vico?

¿Y el General en el soldado abdica?
Si eso no es *deserción* ¿qué significa?
Y pues diste en la treta

de agarrarte á un papel *que se hace solo*,
¡por las barbas de Apolo,
que el General se rebaj6 á corneta!

Y habrá en la gran comedia un *desenlace*;
pues, si la ejecuci6n no satisface,
verás c6mo *Pirracas*

le arrima á Montenegro las estacas;
y, si á eso te acomodas,
podrás decir que *«allí te las den todas.»*

Pero ¿y mi don José? ¿Y el noble ingenio
que á *su altura* te quiso en el proscenio?...

.....
Por no perder, ¡oh Mario! los estribos,
ahí te dejo esos puntos suspensivos;
y suplan lo que calla quien te envía
esa silva con *v* que, por mi cuenta
y por pecados tuyos, va á la imprenta
en son de más ruidosa ortografía.

EDUARDO BUSTILLO.

ÓPERA ESPAÑOLA

Pues sabréis, lectores,
que mi amigo Blas,
comerciante en sedas
y en madapolán,
escribió un libreto
muy sentimental
de ópera española
siete meses ha,
y en solfa lo puso
sin titubear
un hojalatero
de la vecindad
que, á ratos perdidos
(y no es adular),
toca la bandurria
como un animal.

El libreto es una
notabilidad.
Solamente para
que lo conozcáis,
voy á copiar toda
la escena final
de *La gitaniilla*
de *Madagascar*.

.....
.....
Lucas y Gertrudis
(agitando un chal):
—¡Hurra, hurra, hurra!
(*Dichos y Froilán.*)

—¡Viva, viva, viva!
(*Todos á compás.*)
—¡Vitor, vitor, vitor!
(*Golpe de timbal.*
Todos los comparsas
vanse por detrás.
Los fagots imitan
que agoniza un can
y los contrabajos
que anochece ya.)
(*El cartero llega.*)
Gertrudis.—¿Qué tal?
¡Si será esta carta
de su majestad!
(*Rompe el sobre, pugna*
por deletrear,
ruge, palidece,
da un salto mortal
y cae sobre el bombo
gritando): ¡San Juan!
¿El rey me desprec
¡Qué barbaridad!
Lucas (arrancándose
tres pelos de atrás):
—¿Qué haces, infelice?
Ella.—¡Reventar!
El.—¿Te has roto algo?
Ella (con afán):
—Todos los riñones.
Lucas.—¡Muerta está!

(1) Se alude aquí á la que guarda como remedio supremo aquel D. Lucas del Cigaral, que nos pinta Rojas.

¡Y yo que la amaba
como un animal!
¡No quiero ser menos!
¡Madre! ¡Padres! ¡Ah!
(*Se clava en el vientre*
todo un antucás
y va dando gallos
á la eternidad.
Veinte fariseos
con aire marcial):
—¡Viva Garibaldi!
¡Viva su mamá!
Treinta fariseos
de Navalmoral:
—¡Hurra por Mahoma!
¡Vamos á almorzar!
(*Zumba el viento norte,*
suénase Froilán,
el tel6n descende...
y no ocurre más)

.....
.....
El autor famoso

de esperpento tal
á *Guignol* ó á *Rlus*
fíbalo á llevar,
cuando ayer, en plena
calle de Alcalá,
dió con Peña y Goñi,
crítico barbián,
que cultiva un poco
la mordacidad
y que tiene mucha,
pero mucha sal.
Sabedor del caso,
Peña dijo á Blas:
—¿A *Guignol* acudes?
Nada has de lograr.
—¿Y adónde lo llev6?
—Llévalo al Real.
¡Si tú vieras, hijo,
lo que allí se *da*!
¿Ópera española?
¿Cursi hasta no más?
Llévala; de fijo
te la admitirán.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

RECUERDO

(DE UNA POESÍA DE VÍCTOR HUGO)

Yo no había pensado nunca en Rosa;
con ella en la espesura me interné.
La mañana era plácida y hermosa:
Hablamos... no recuerdo ya de qué.

Tal vez de la arboleda y de las flores,
de arroyos y libélulas quizás...
Yo creo que sus ojos tentadores
entornados decían:—¿Y qué más?

El rocío las flores esmaltaba
prestando á sus colores más vigor...
Yo escuchando á los mirlos caminaba
y ella oía cantar al ruisenor.

Era yo adolescente; de la bella
la expresiva mirada no entendí...
Cantaba el ruisenor, y era por ella,
y silbaban los mirlos, y era á mí.

JOSÉ ESTREMEIRA.

PALIQUE

Es posible que el Sr. Velarde crea que yo le quiero mal y hasta que le tengo envidia... aunque esto último me parece demasiado fuerte, aun para creído por el Sr. Velarde, que las traga tan gordas, que se cree á sí propio poeta.

Pues no, señor vate descriptivo; no sólo no le quiero mal, sino que hasta le quiero bien. Y prueba de ello es que me paso la vida aconsejándole que no escriba sin inspiración... lo cual equivale á aconsejarle que no escriba nunca.

Cada poesía de este señor, sea cualquiera el asunto, no es más que un caso de *la lucha por el consonante*. Los versos de Velarde se parecen vagamente á las angustias de una digestión difícil. En cuanto á originalidad... Dios la dé. Cuando estuvieron en moda las *descripciones* á lo Núñez de Arce, Velarde se pasaba la vida poniendo el catastro en décimas; ahora tocan á otra cosa, y allá va Velarde con sus ripios á cantar por todo lo místico.

Oyó este señor alabar los versos religiosos de un Verlain, de un Balart; oyó que echábamos de menos un poeta que se inspirara en nuestro gran misticismo, que pudiese hablar dignamente de San Juan de la Cruz... y ahí se presenta él con unas décimas de esas que merecen que le regalen al autor un jarrón la infanta Isabel ó D. Acisclo Fernández Vallín, el de las matemáticas convertidas en casas de la calle del Arenal.

En el género religioso, la falta de sinceridad, de idea y sentimiento es más insoportable que en otro cualquiera. Cuando Velarde se limitaba á pintarnos un gallo, no importaba que no se conociese si era el de Morón, ó el de la Pasión, ó el de Esculapio; mientras se trató de *meros* garañones, anda con Dios. Pero ponerse á cantar á San Juan de la Cruz con la exclusiva preocupación de que las décimas resulten décimas efectivamente, aunque sean disparatadas, es una verdadera profanación, condenada por varios concilios de una manera indirecta.

Lo peor de las décimas de Velarde no está en tal ó cual dislate particular que yo pueda copiar aquí; está en el conjunto, frío, descosido, premioso, incongruente. Velarde cree que ser místico á la moderna es volver á los t6picos patrioterios mediante las manoseadas enumeraciones de las *glorias patrias*. En general siempre pasa lo mismo; lo peor de los versos de Velarde, y de otros como él, no está en los pormenores disparatados, sino en *si sé qué* de mal gusto, de frialdad, sequedad, inutilidad, que

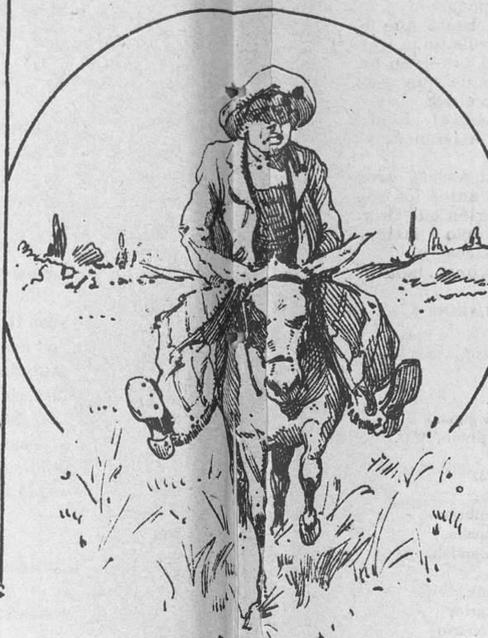
¿QUÉ TOMAÑ USTEDES?



Café solo.



Café... con gotas.



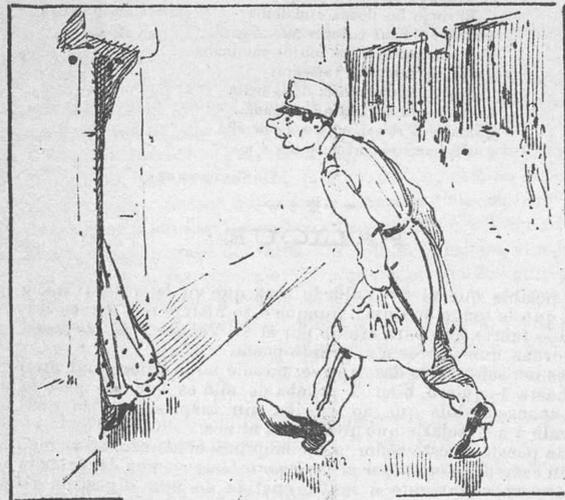
Cebada



La alternativa.



Medidas enérgicas contra los transeúntes.



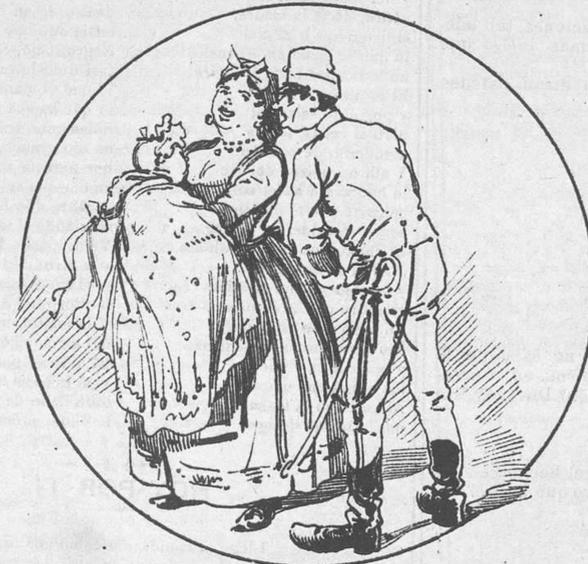
Una resolución.



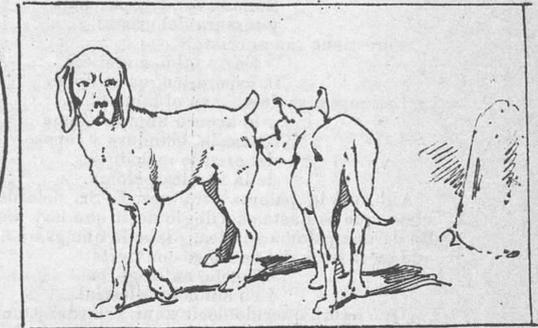
El rábano por las hojas.



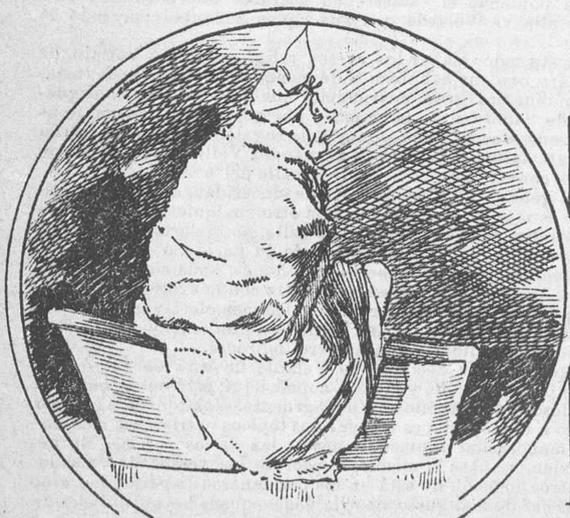
Una teta.



Idem idem.



Informes.



Asiento (baños de).



Parte en las carreras.



Rap



Soleta.



Datos.



¡Ay! Nada caliente.

el vulgo no puede considerar tan fácilmente como estos desatinos concretos que se copian y se comentan. Por eso se recurre á copiarlos. Y va de ejemplo. Comienza así Velarde:

Si pudiera el alma mía,
Ya que no en tu santidad,
Bañarse en la claridad
De tu celeste poesía...

No se dice poesía celeste, sino celestial, y eso de bañarse en la santidad de otro, como no sea el *baño de María*, no sé lo que es.

Por la altura dejaría
La tenebrosa morada
En que vive aprisionada,
Tan veloz como del suelo
Se lanza la alondra al cielo
Al despuntar la alborada.

¡Ya pareció la calandria! Eso de la alondra que se lanza al cielo (si fuera *al bajar* menos mal, pero al subir volando no es propio ese *lanzarse*) es una frivolidad, un ripio, y viene ahí tan á cuento como si usted dijera:

Al salir el sol
Canta la perdiz.

Gloria del suelo español
El espíritu fecundo
De Santa Teresa el mundo
Ilumina como el sol.
Y alma que dé en el crisol.

(O el perol, cualquier cosa en *si bemol*. ¿Y qué es eso de... Y alma que dé?... ¿Dónde está el artículo de alma, que no se puede omitir en esta ocasión?)

Y alma que dé en el crisol
De sus obras, encendido,
(¿Qué es lo que arde ahí?)

Dejando el mundo en olvido
Tiende las alas al cielo
Con el mismo dulce anhelo
Que la paloma á su nido.

¡Otro pajarito! Pero vean ustedes qué comparaciones tan adecuadas: Santa Teresa tiende el *vuelo* al cielo sin más *anhelo* que el de una paloma que busca su nido.

Pues en seguida viene San Juan, ¿y á quién dirán ustedes que se parece? Pues á otra palomita también.

Tu cántico celestial,
espejo de tu conciencia,
tiene la luz, transparencia
y tersura del cristal.

¿Pero tiene luz el cristal?

En tu labio angelical
la áspera lengua se doma
(La lengua se doma... en el labio.)
y el acento humano toma
la *unción*, blandura y reposo
del arrullo melodioso
de la rústica paloma.

Aquí está la paloma otra vez. El Sr. Velarde no sabe, por lo visto, que es hasta sacrilegio decir que hay *unción*... en el arrullo de una paloma rústica. ¿Sabe lo que es *unción*? Después dice que en la boca del santo se convierte

el hecho en alegoría
ó en símbolo celestial.

¿Qué habrá querido decir aquí Velarde? ¿Que el hecho se convierte en alegoría en la boca de San Juan! ¿Pero qué hecho?

Más adelante le pide al santo

Hoy, Juan, que *dada* al error
la humanidad se extravía

que le dé

á sus dudas certidumbre.

Pero eso no puede hacerlo el santo ni con un milagro. ¿Cómo ha de dar á las dudas certidumbre? Una duda con certidumbre es la certidumbre de que se debe dudar.

Lo que yo dudo es que haya país, á no ser España, en que pasen por poetas hombres como el Sr. Velarde, que no mueve la pluma que no diga un adefesio.

¡Y todavía hay quien me llama apasionado y poco benévolo... porque no dejo pasar este matute!

Por supuesto que todo lo que Velarde dice de San Juan de la Cruz podría decirlo de San Pedro Regalado ó de San Juan *Ante portam latinam*... y casi casi de San Juan... de Luz.

Quíteseles á las décimas el título y póngase *Al pájaro de Lesbia* ó *El globo cautivo*, y no estará del todo mal. A cualquier cosa con tendencia á subir, como la alondra, podría aplicarse esta poesía.

Y vamos con otro.

Al malaconsejado presbítero P. Muiños, de la orden de San Agustín, le ha sabido á cuerno quemado lo que he tenido el honor de decir de sus pompas y vanidades pseudoliterarias, y mediante unas cuantas impertinencias, mezcladas con metafísica estética de la barata, se ha hecho acreedor á que yo le consagre una paliza (metafórica) ordenada y orgánica, aunque él no sepa lo que es orgánico en no siendo de Móstoles.

Como estos diablitos de frailucos agustinos amenazan convertirse en una plaga de Fray Gerundios de Campazas á la mo-

derna, hay que irlos á la mano, y al efecto, y por lo que á mí toca, estoy preparando un folleto literario que se titulará «De su celda,» en que examino en forma entre histórica y novelesca las interioridades de esas literaturas cursis de convento degenerado. Pero antes, y en atención al P. Muiños, comenzaré á publicar en el próximo número de MADRID COMICO un poema crítico, en prosa, denominado «La *Muiñeira*.» Yo no paro hasta que le quiten al P. Muiños las licencias de *versar*, como decía un prócer de mi pueblo. O poco he de poder, ó el *Superior* de la orden ha de tomar cartas en el asunto, y ha de convencerse de que esas literaturas ponen á un fraile tan en ridículo como el ser *mocero* ó jugador ó cualquier otra cosa. Está muy necesitado el mundo de religión verdadera para que pueda tolerarse la existencia de estos *Fray Candiles* de verdad.

Prefiero, aunque también me parecen muy mal, á esos otros frailes modernos que fabrican chocolate en latín, y aun á los que producen el legítimo *benedictino*. No es ésa la religión que Cristo soñó; pero si á los mercaderes les arrojó del templo á latigazos, ¿qué hubiera hecho con los Bonafoux eclesiásticos!

En fin, ya lo saben ustedes, en el número próximo... la *Muiñeira*.

CLARÍN.

LA CONFESIÓN

Á los seis años y pico,
día menos, día más,
la víspera de San Blas
fué á confesarse Perico.
Y siendo la vez primera
que el chico se confesaba,
su madre no le dejaba
que respirase siquiera.
Ya, desde el mes anterior,
sólo le hablaba á su hijo
del sagrado Crucifijo
y del santo confesor.
«Mira, decía la madre,
si te quieres ir al cielo
lo que se llama en un vuelo,
no le ocultes nada al padre.
El es un *santo varón*,
y por él te salvarás;
pero si callas, te vas
al infierno de rondón.
Y allí no quiero decirte
lo que van á hacer contigo:
colgarte por el ombligo
sobre un caldero y freírte.»
El chico, que era un bolonio,
al oírlo se asustaba,
y muchas noches soñaba
el pobre con el demonio.
En cuyo rabo encarnado,
con otra porción de chicos
y renacuajos y micos,
iba al infierno montado.
Al fin llegó la mañana
que la madre designó

y el chico se levantó,
aunque de muy mala gana.
Vistiéronse muy temprano,
y casi, casi sin luz,
se fueron á Santa Cruz
cogiditos de la mano.
La iglesia estaba sombría;
ni un solo fiel la ocupaba,
como que el sol aún andaba
si salía ó no salía.
Allá, en oscuro rincón,
rezando el santo rosario,
dentro de un confesonario
había un *santo varón*.
Negro, bajo, regordete,
casi todo le cubría
lo que el manteo subía,
lo que bajaba el bonete.
Solamente destacaba
un ojo grande, y tan rojo
que parecía aquel ojo
un ojo que se quemaba.
—Mira, dijo la mamá,
señalando al monstruo aquel.
Vé despacito hasta él
y te arrodillas allá.
—¡Tengo miedo! dijo el chico.
—¿Por qué? Si no te hará nada.
Y la madre, incomodada,
dió un empujón á Perico.
El niño se puso verde
y, al ir hacia el confesor
todo lleno de temor,
le dijo á su madre: —¿Muerde?

CONSTANTINO GIL.

HOY POR TÍ...

Llegó la inundación como una tromba
arrasando los frutos de la tierra,
y en el cieno quedaron sepultadas
la mitad de las casas de la aldea.
Pocos días después, como vestigios
del paso asolador de la tormenta,
quedaban los despojos de los muertos
en la inmundicia de la charca infecta.
Allá entonaban cánticos las ranas
alabando á la sabia Providencia,
que atendía benévola sus preces
y les daba una dicha como aquélla.
—¡Mal corazón tenéis! —les dijo un sapo. —
¡Gozáis con la desgracia y la miseria!
—Así es el mundo, amigo. ¡Verá usía,
en cuanto llegue el tiempo de la siega
y el sol abrasador seque la charca,
cómo cantan los hombres y se alegran
al recoger el trigo, aunque nos hallen
en el rastrojo á centenares muertas!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

El cantor de Alhaurinejo.

Así se titula, á falta de cosa mejor, una composición que acaba de publicar D. Salvador López Guijarro en el último número de *La Ilustración Es-*

pañola. Lo advierto á tiempo para que no caigan ustedes en la tentación de leerla, porque ocupa cuatro columnas, línea más ó menos, y... en fin, allá va un pedazo para solaz de gente desocupada.

Empieza así D. Salvador:

«Ella tenía diez y seis abríles
y ya era, *sin embargo*,
una belleza indiscutible...»

Parece prosa *desmayada y baja*, ¿verdad? ¡Pues quiere ser verso! Lo de *sin embargo* tiene gracia, porque no parece sino que á los diez y seis abríles no suelen ser guapas las chicas.

Adelante:

«Sus divinos *ojazos*
con *inconsciente* llamarada ardían.
.....
Nube de seda ó de linón su traje
frecuentemente blanco
como correspondía á su inocencia
y á sus modales *blandos*.»

Ya saben ustedes, á modales blandos traje de linón.

Acabemos la primera estrofa:

«Llevaba siempre flores en el pecho,
zapatos escotados...»

Fíjense ustedes en que llevaba *siempre* zapatos escotados, que es dato importante... para después.

«Y cinturón de raso azul ó rosa.
Hablaban el italiano,
tocaba el arpa y se llamaba Ana.

(¡Bonito verso para una fuga de vocales!)

Su carácter romántico.»

Y así acaba la primera parte, con ese pedazo de descripción maravillosa.

Segunda parte:

«Ella tenía diez y seis abríles
y yo diez y ocho años.»

Muy bien, eso es poesía, y lo demás es agua.

«La conocí volviendo de Granada
en el recinto *escaso*
de la berlina, suficiente apenas
para el buen dromedario
autor de mi querube...»

¡Aprieta! Ya llamó dromedario á un padre de familia, por el maldito asonante. «¡Autor de mi querube!» ¡Hombre! Así voy yo á llamar desde mañana á mi suegro.

«.....de manera
que entre ella y yo sentado
nos incrustaba *respectivamente*
en el rincón de *pañó*.»

Y así sigue, *respectivamente*, contando interesantísimas peripecias del viaje hasta que, después de treinta y seis versos *ominosos*, como él llama á la diligencia, llegan á Loja, y allí:

«Mi mano temblorosa no acertaba
el cucharón de *estaño*
á esgrimir bien para servir la sopa
en los *inmensos* platos.»

¡Inmensos! Ya se conoce que venía usted de Granada en que exagera un poco.

«Luego estuvo en un tris que no me ahogase
cuando llegó el asado,
con *cierto* hueso de capón *incierto*,
que era de cal y canto.»

¿Un capón incierto? Paciencia y sigamos.

Seguimos:

«Apareciendo sobre el férreo estribo
sus lindos pies calzados
con botitas de fino tafilete...»

¡Alto! ¿No decía usted que llevaba *siempre* zapatos escotados? Pues vea usted cómo ahora tiene botas de tafilete.

«Vi también como dos dedos de media
(¡Olé los versos buenos!)
sin poder evitarlo,
juro que entré de nuevo en mi angostura
junto al papá *nefando*.»

¡Aprieta! Ahora le llama usted nefando al padre.

¡Pues le está usted poniendo de fino tafilete!

Tercera parte:

«Ella tenía diez y seis abríles
y yo diez y ocho años,
y su mamá cuarenta...»

¿Y qué pecado ha cometido el papá *dromedario*, para que no nos diga usted su edad? ¡Porque ya puesto á decir la de toda la familia!...

«Pero gruesa y pacífica y sin rizos,
y con cierto aire lánguido,
y con cierta reserva melancólica
que yo inexperto y bárbaro...»

¡Milagro que no le ha caído también este piropo al padre!

«Achaqué á su dolor, por verse unida
á un elefante manso.»

¡Éste sí le ha tocado al padre otra vez! ¡Pobre señor!

«Yo escribiré, yo escribiré algún día
un libro en holocausto...»

¡No! ¡Por Dios! ¡No escriba usted un libro en holocausto de nada! Porque los *holocaustados* seríamos nosotros.

Cuarta parte:

«Ella tenía diez y seis abríles
y yo diez y ocho años.»

Le ha hecho á usted gracia la muletilla.

«Y ambos, *cual la segunda infancia ordena*
por bailar delirábamos.

A pocos días del dichoso arribo

(¡Ah! Porque se me olvidaba á mí decir que habíamos llegado á Málaga trabajosamente.)

un baile *literario*
se ofreció en los salones del *Liceo*
á los aficionados
y allí la vi de gasa blanca ornada
y con zapatos blancos...»

Vaya, ya se ha puesto otra vez los zapatos.

«.....Si hablé con fuego,
si salió de mis labios
aquel amor volcánico y sublime,
dignamente expresado,
que lo digan las grandes cornucopias,
en donde nos miramos...»

Y ¿á quién se le ocurre preguntárselo á las cornucopias? ¡A nadie absolutamente!

Quinta parte:

«Ella tenía diez y seis abríles
y yo diez y ocho años...»

¡No! Esta vez no lo paso. Porque llevamos más de trescientos versos y un viaje á Málaga. Y todo eso no se hace sin que el tiempo corra, ¡qué demonio!

«Ella artista de instinto y literata,
yo (¡ay!) también literato...»

¡Ay! Usted no; ésa es una equivocación lamentable. Ni á los diez y ocho años ni ahora.

«Una tarde en que hablábamos de versos,
mi dulce bien amado
me pidió alguna cosa de Espronceda.»

En lo cual hizo perfectamente. Porque si le llega á pedir versos propios, ¡ay! no le ama.

Y vamos á la última parte, porque esto se va haciendo tan pesado como la *composición*.

Empieza así:

«Ella tenía diez y seis abríles...»

¡Nada! Primavera perpetua, no salimos de los diez y seis abríles. ¡Y llevamos mil versos!

«Volví la espalda al *irruptor*, haciendo
antifaz *momentáneo*
del pañuelo aplicado á las narices
con aires de catarro,
y esperé dispensarme del saludo
de mi cómplice *vándalo*.»

¡Agua! ¡Ya le llamó vándalo al cómplice! Verdad es que después de haber llamado al padre elefante manso...

Vaya, vamos á dejarlo, porque esto no se acaba nunca.

Pero ¡Dios mío! ¿por qué publicarán estas cosas en *La Ilustración*?

¿Qué dirán de nosotros en América?

Pero voy á copiar el final. Esto, siquiera, me lo perdonarán ustedes. Dice así:

«A una botella de *cognac*, por cierto
nada más que mediano,

(¡Qué suerte de *cognac*! dirán los versos, ¡no era más que mediano!)

pedí la explicación de la catástrofe;

y el ardiente *topacio*

de su raudal me iluminó piadoso

al alma recordando

que ella tenía diez y seis abríles

y yo diez y ocho años!»

¡Por si ustedes no se habían enterado todavía!

Libros.

Dos historias vulgares, de Castro y Serrano. Un libro de este notabilísimo escritor es siempre un acontecimiento literario, y debemos todos saludar su aparición con entusiasmo verdadero. *Dos historias vulgares* son dos joyas de nuestra literatura y no pueden menos de adquirirlas todas las personas de buen gusto. El tomo está ilustrado admirablemente por Pons, y se vende á 3,50 pesetas en la librería de Fe.

Manuel del perfecto periodista, por los Sres. D. Carlos y D. Angel Ossorio y Gallardo. Libro graciosísimo, escrito con perfecto conocimiento de las triquiñuelas del *oficio* y con una amenidad que encanta. Precio: 3 pesetas.

Amores nacionales, apuntes de viaje en un acto y seis cuadros, originales y en verso, letra de los Sres. Perrín y Palacios, música de los maestros Marqués y Nieto; obra estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava, donde sigue representándose.

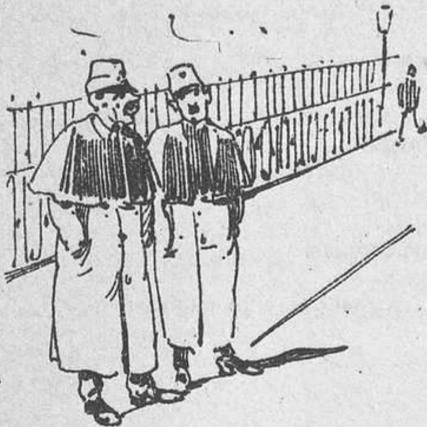
Gente menuda, colección de romances infantiles, por D. Manuel Ossorio y Bernard. El distinguido director de *El Mundo de los Niños* es maestro en el difícilísimo arte de escribir para la infancia, y su último libro lo revela claramente. Precio: 2 pesetas.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 23.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

¡PARA EVITAR DESGRACIAS!



Los guardias que hacen el servicio en el viaducto, deben llevar siempre el aparato *fotodental* eléctrico de bolsillo, para curar instantáneamente á los que pretendan suicidarse por no poder resistir el dolor de muelas.

Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Se estaba muriendo ayer y hoy está sano Aquilino, por beber el *Cognac fino de Moguer*.

Sobrinos de Guinea. Carretas, 27 y 29. Levis, Mayor, 39.



—¡Frio el cuello se me queda!
—¿Se te queda frio el cuello?
¡Compra un pañuelo de seda!
¡Si no lo compras te estrello!

Tirso Rodriguez, Atocha 75 y 77.



—Señorita, aquí la tiene usted.
—¡Caramba! ¿Y por qué la trae en bandeja de plata?
—Porque es de la camisería de MARTINEZ, y á tal camisa tal honor.

San Sebastián, 2.



Borras desde ocho pesetas. Lanas grises desde doce. Colchones y colchonetas ¡lo mejor que se conoce!

Barquillo, 30.



BOCA Y MUELAS

Se tienen fuertes, sanas, perfumadas y sin dolor, usando á diario el mejor de los dentífricos

Licor del Polo de Orive que calma los dolores de muelas al descuido lo que no sigue la Higiene de la boca y los evita infaliblemente al que se enjuaga con tan superior dentífrico una vez á día. Blanquea y fortifica la dentadura, endurece, sonrosa y tonifica las encías. Exíjidle con la marca de fábrica en las far nacias y perfumarias de crédito.

CANTAR

A la mar fui por naranjas, cosa que la mar no tiene, pero entré en las *Tullerías* y comí divinamente.

Matute, 6.



Al dulcísimo son de la muñeira dijo doña Luz:

—No hay sastre como *Dámaso Pereira*, calle de la Cruz



—Vamos á ver si me sacas sin un defecto siquiera.
—¡Pues si he comprado las (placas á Irigoyen... bueno fuera!

Esparteros, 3.

LA CAZA DEL OSO



¡Ay, señor José, cómprenos usted esos caprichitos que se venden tan bonitos!

Perfumaria Americana, Espoz y Mina, 26.



—¿Acusáis de ambicioso á D. Carlos porque pretende ocupar el trono? ¡Pues bien, señores, todos nosotros somos más ambiciosos todavía! ¡Porque soñamos en ocupar alguna vez las camas del *Bazar* de la plaza de la Cebada, núm, 1!



—¿Qué suerte tengo! Me ha tocado el pre ni seguro en la lotería.
—Más suerte tengo yo, que me he comprado un pantalón de *Pesquera*.

Magdalena, 26.



—¿Qué buen bastonero es Blas y qué bien dirige el baile!
¡No hay otro mejor! —Sí, haylo
—¿Quién es? —¡Gras!
Alcalá, 46 y Priolgo, 22.



¡CAMISAS!
Con vistas de hilo, desde 5 pesetas. Se arreglan á precios reducidos..

¡CORBATAS!
¡Elegantísimas!

¡CÉÑEROS DE PUNTO!
Inmenso surtido.

Arvisa y Alonso, plaza de Sto. Domingo, 18.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 10 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID